

EL MÁS LISTO

Resulta que mi abuelo tenía razón.

La primera vez que se lo oí decir fue cuando Néstor se ató con la comba al árbol que iban a talar para instalar una nueva vía de tren, la que nos comunicaría más rápido con Madrid.

— Este es el más listo de los dos muchachos — constató.

— Anda, calla papá, que cosas dices, tú que no has salido nunca del pueblo — mi madre desataba con dedos temblorosos a mi hermano, tan pequeño y tan decidido, con la excavadora parada a tan solo un metro de su labio inferior adelantado.

— ¿Qué te crees, hija, que nunca he visto otro como él? Eso ha existido antes de que supierais lo de los *cosmosomas* de más.

—Cromosomas, papá. Y solo es uno adicional, lo que tiene.

— Lo que tú digas.

Pero sus palabras se clavaron en mis oídos infantiles, como los clavos que anclaron las traviesas del tren. Néstor no salió de casa mientras duró la obra. Yo la contemplé con los ojos ávidos de quien sueña con escapar.

El abuelo lo dijo aquella vez y lo repitió unas cuantas más durante los años siguientes, pero se reafirmó de forma definitiva en ello cuando mis padres decidieron mudarse siguiendo aquellas vías ya ennegrecidas.

— Papá, cómo puedes seguir diciendo eso, si Sergio va a ir a la universidad, si es el orgullo de la familia, nos necesita cerca para apoyarle, no puede andar subiendo y bajando del pueblo cada día.

Quizá yo no hubiera sido aquel excelente estudiante si no me hubieran espoleado las palabras del abuelo, que me quemaban en el ánimo y me hacían quererle demostrar lo mucho que se equivocaba. El mejor del CRA, el mejor del instituto, próximamente médico, a poder ser cardiólogo.

Solo que nada de esto hizo cambiar de opinión a mi abuelo, que tuvo que desatar a Néstor de la mesa de la cocina, donde se había amarrado entonces, y convencer a mis padres de que ellos dos estarían bien allí solos, en el pueblo.

Su imagen sonriente al lado de un Néstor exultante que me despedía en la estación se me quemó en la retina durante los seis años de estudios intensivos, la especialidad, el MIR, los dobles turnos en urgencias.

Mi abuelo resonaba en mis oídos y se perpetuaba en mis retinas, aún en la distancia.

Y, cada vez que volvía al pueblo a contar mis éxitos, veía la tristeza en su cara surcada, que comparaba mi palidez verdosa, producto de la vida a la luz de los tubos fluorescentes, con el sano bronceado campestre de Néstor y negaba con la cabeza.

Y, sin embargo, fue esa imagen, la de mi abuelo al lado de un Néstor feliz, la que me vino a la cabeza cuando entré al Hospital por Urgencias, como paciente, con un ataque de ansiedad que una interna con la que había tenido un rollo de una noche describió como producto del agotamiento.

Néstor y el abuelo me recibieron en el andén donde siempre me habían despedido.

Fue mi hermano el que, actuando por primera vez como el mayor de los dos, me confiscó el móvil y me puso en la mano una azada, luego una pala, luego una bota.

— Tranquilo, que solo es agua — me aclaró enseñándome a inclinar el pellejo.

Fue mi hermano el que me curó las ampollas de las manos con sus dedos callosos. Y el que me enseñó a dar de comer a las ardillas que correteaban cerca cuando las ampollas se me reventaron y no pude coger la herramienta en varios días.

Fue Néstor el que me devolvió la vida que él, sin conocimientos de medicina, había sabido proteger desde el principio.

Ahora, ha sido el abuelo el que me ha hablado del bien que haría un médico fijo en el pueblo, de lo lejos que pillan las Urgencias más próximas.

Aún no he tenido una respuesta para él.

Porque tengo otras palabras pendientes.

— ¿En qué piensas, hijo? Te has quedado muy callado.

— En que tenías razón, abuelo.

— ¿En que podrías instalarte como médico rural?

— No, en eso no. O quizá también. Me refiero a lo que llevas diciendo de nosotros toda la vida.

El abuelo se pone un poco rojo, su mirada avergonzada se va hacia Néstor, que está amasando pan sobre la mesa de mármol de la cocina.

— De los dos, Néstor siempre ha sido el más listo.